

to. Resultaron de otro modo, las cosas: rudos golpes distribuyó -uno para cada uno-entre los demás caudillos, Ares, empeñado, propicio dios.

Siete caudillos, cabe las siete puertas --- apostados, iguales contra iguales, dejaron a Zeus, juez de la victoria, tributo broncíneo -totalmente; menos los dos míseros que, nacidos de un mismo padre y una misma madre, levantaron, el uno contra el otro, sus lanzas -armas de principales paladines-, y ambos lograron su parte en una muerte común.

Y, pues, exaltadora de nombres, la Victoria ha llegado a Tebas rica en carros, devolviendo a la ciudad la alegría, conviene dejar en el olvido las lides de hasta ahora, organizar nocturnas rondas que recorran los templos de los dioses todos; y Baco, las danzas en cuyo honor conmueven la tierra de Tebas, que él nos guíe.

Sale del palacio, con séquito, Creonte.

Corifeo. Pero he aquí al rey de esta tierra, --- Creonte, hijo de Meneceo, que se acerca, nuevo caudillo por las nuevas circunstancias reclamado; ¿qué proyecto debatiendo nos habrá congregado, a esta asamblea de ancianos, que aquí en común hemos acudido a su llamada?

Creonte. Ancianos, el timón de la ciudad que los dioses, bajo tremenda tempestad, habían conmovi-

do, hoy de nuevo enderezan, como cierto. Si yo por mis emisarios os he mandado aviso, a vosotros entre todos los ciudadanos, de venir -- aquí, ha sido porque conozco bien vuestro respeto ininterrumpido al gobierno de Layo, y también, igualmente, mientras regía Edipo la ciudad; porque sé que, cuando él murió, vuestro -- sentimiento de lealtad os hizo permanecer al lado de sus hijos. Y pues ellos en un solo -- día, víctimas de un doble, común destino, se han dado muerte, mancha de fratricidio que a la vez causaron y sufrieron, yo, pues, en razón de mi parentesco familiar con los caídos, todo el poder, la realeza asumo. Es imposible conocer el ánimo, las opiniones y principios -- de cualquier hombre que no se haya enfrentado a la experiencia del gobierno y de la legislación. A mí, quienquiera que, encargado del -- gobierno total de una ciudad, no se acoge al parecer de los mejores, sino que, por miedo a -- algo, tiene la boca cerrada, el tal me parece -- y no sólo ahora, sino desde siempre--un individuo pésimo. Y el que en más considera a un -- amigo que a su propia patria, éste no me merece consideración alguna; porque yo --sépallo --- Zeus, eterno escrutador de todo--ni puedo estar me callado al ver que se cierne sobre mis con-



ciudadanos no salvación, sino castigo divino, ni podría considerar amigo mío a un enemigo de esta tierra, y esto porque estoy convencido de que en esta nave está la salvación, y en ella, si va por buen camino, podemos hacer amigos. Estas son las normas con que me propongo hacer la grandeza de Tebas, y hermanas de ellas las órdenes que hoy he mandado pregonar a los ciudadanos sobre los hijos de Edipo: a Etéocles, que luchando en favor de la ciudad por ella ha sucumbido, totalmente el primero en el manejo de la lanza, que se le entierre en una tumba y que se le propicie con cuantos sacrificios se dirigen a los más ilustres muertos, bajo tierra; pero a su hermano, a Polinices digo, que, exiliado, a su vuelta quiso por el fuego arrasar de arriba a abajo la tierra patria y a los dioses de la raza; que quiso gustar la sangre de algunos de sus parientes y esclavizar a otros; a éste, heraldos he mandado que anuncien que en esta ciudad no se le honra, ni con tumba ni con lágrimas: dejarle insepulto, presa expuesta al azar de las aves y los perros, miserable despojo para los que le vean. Tal es mi decisión: lo que es por mí, nunca tendrán los criminales el honor que corresponde a los ciudadanos justos; no, por mi parte tendrá

honores quienquiera que cumpla con el estado, tanto en muerte como en vida.

Corifeo. Hijo de Meneceo, obrar así con el amigo y con el enemigo de la ciudad, éste es tu gusto, y sí, puedes hacer uso de la ley como quieres, sobre los muertos y sobre los que vivimos todavía.

Creonte. Y ahora, pues, como guardianes de las órdenes dadas...

Corifeo. Impónle a uno más joven que soporte este peso.

Creonte. No es eso: ya hay hombres encargados de la custodia del cadáver.

Corifeo. Entonces, si es así, ¿qué otra cosa --- quieres aún recomendarnos?

Creonte. Que no condescendáis con los infractores de mis órdenes.

Corifeo. Nadie hay tan loco que desee la muerte.

Creonte. Pues ésa, justamente, es la paga; que muchos hombres se han perdido, por afán de lucro.

Del monte viene un soldado, uno de los guardianes del cadáver de Polinices. Sorprende a Creonte cuando estaba subiendo ya las escaleras del palacio. Se detiene al advertir su llegada.



Guardián. Señor, no te diré que vengo con tanta prisa que me falta ya el aliento ni que he movido ligero mis pies. No, que muchas veces me han detenido mis reflexiones y he dado la vuelta en mi camino, con intención de volverme; -- muchas veces mi alma me decía, en su lenguaje: "Infeliz, ¿cómo vas a donde en llegando serás castigado?"... "¿Otra vez te detienes, osado? Cuando lo sepa por otro Creonte, ¿piensas que no vas a sufrir un buen castigo?"... Con tanto darle vueltas iba acabando mi camino con pesada lentitud, y así no hay camino, ni que sea breve, que no resulte largo. Al fin venció en mí la decisión de venir hasta tí y aquí estoy, que, aunque nada podré explicarte, hablaré al menos; y el caso es que he venido asido a una esperanza, que no puede pasarme nada que no sea mi destino.

Creonte. Pero, veamos: ¿qué razón hay para que estés así desanimado?

Guardián. En primer lugar te explicaré mi situación: yo ni lo hice ni vi a quien lo hizo ni sería justo que cayera en desgracia por ello.

Creonte. Buen cuidado pones en enristrar tus palabras, atento a no ir directo al asunto. --

Evidentemente, vas a hacernos saber algo nuevo.

Guardián. Es que las malas noticias suelen hacer

que uno se retarde.

Creonte. Habla, de una vez: acaba, y luego vete.

Guardián. Ya hablo, pues: vino alguien que enterró al muerto, hace poco: echó sobre su cuerpo árido polvo y cumplió los ritos necesarios.

Creonte. ¿Qué dices? ¿Qué hombre pudo haber, -- tan osado?

Guardián. No sé sino que allí no había señal que delatara ni golpe de pico ni surco de azada; -- estaba el suelo intacto, duro y seco, y no -- había roderas de carro: fue aquello obra de -- obrero que no deja señal. Cuando nos lo mostró el centinela del primer turno de la mañana, todos tuvimos una desagradable sorpresa: -- el cadáver había desaparecido, no enterrado, -- no, pero con una leve capa de polvo encima, -- obra como de alguien que quisiera evitar una -- ofensa a los dioses... Tampoco se veía señal alguna de fiera ni de perro que se hubiera -- acercado al cadáver, y menos que lo hubiera -- desgarrado. Entre nosotros hervían sospechas infamantes, de unos a otros; un guardián acusaba a otro guardián y la cosa podía haber acabado a golpes de no aparecer quien lo impidiera; cada uno a su turno era el culpable pero nadie lo era y todos eludían saber algo. Todos estábamos dispuestos a coger con la mano un hierro



candente, a caminar sobre fuego, a jurar por los dioses que no habíamos hecho aquello y que no conocíamos ni al que lo planeó ni al que lo hizo.

Por fin, visto que, de tanta inquisición, nada sacábamos, habló uno de nosotros y a todos de temor nos hizo fijar los ojos en el suelo, y el caso es que no podíamos replicarle ni teníamos forma de salir bien parados, de hacerlo que propuso: que era necesario informarte a tí de aquel asunto y que no podía ocultársete; esta opinión prevaleció, y a mí, desgraciado, tiene que tocarme la mala suerte y he de cargar con la ganga, y heme aquí, no por mi voluntad y tampoco porque querráis vosotros, ya lo sé, que no hay quien quiera a un mensajero que trae malas noticias.

Corifeo. (A Creonte.) Señor, a mí hace ya rato -- que me ronda la idea de si en esto no habrá la mano de los dioses.

Creonte. (Al coro). Basta, antes de hacerme rebosar en ira, con esto que dices; mejor no pueden acusarte a la vez de ancianidad y de poco juicio, porque en verdad que lo que dices no es soportable, que digas que las divinidades se preocupan en algo de este muerto. ¿Cómo -- iban a enterrarle, especialmente honrándole --

como benefactor, a él, que vino a quemar las columnatas de sus templos, con las ofrendas de los fieles, a arruinar la tierra y las leyes a ellos confiadas? ¿Cuándo viste que los dioses honraran a los malvados? No puede ser. Tocante a mis órdenes, gente hay en la ciudad que mal las lleva y que en secreto de hace ya tiempo contra mí murmuran y agitan su cabeza, incapaces de mantener su cuello bajo el yugo, como es justo, porque no soportan mis órdenes; y -- estoy convencido, éstos se han dejado corromper por una paga de esta gente que digo y han hecho este desmán, porque entre los hombres, nada, ninguna institución ha prosperado nunca tan funesta como la moneda; ella destruye las ciudades; ella saca a los hombres de su patria; ella se encarga de perder a hombres de buenos principios, de enseñarles a fondo a instalarse en la vileza; para el bien y para el mal igualmente dispuestos hace a los hombres y les hace conocer la impiedad, que a todo se atreve. -- Cuantos se dejaron corromper por dinero y cumplir estos actos, realizaron hechos que un día, con el tiempo, tendrán su castigo. (Al guardián.) Pero, tan cierto como que Zeus tiene siempre mi respeto, que sepas bien esto que en juramento afirmo: si no encontráis al que --



con sus propias manos hizo esta sepultura, si no aparece ante mis propios ojos, para vosotros no va a bastar con sólo el Hades,<sup>7</sup> y antes, vivos, os voy a colgar hasta que confeséis --- vuestra desmesurada acción, para que aprendáis de dónde se saca el dinero y de allí lo saquéis -- en lo futuro; ya veréis como no se puede -- ser amigo de un lucro venido de cualquier parte. Por ganancias que de vergonzosos actos de rivan, pocos quedan a salvo y muchos más reciben su castigo, como puedes saber.

Guardián. ¿Puedo decir algo o me doy media vuelta, así, y me marcho?

Creonte. Pero, ¿todavía no sabes que tus palabras me molestan?

Guardián. Mis palabras, ¿te muerden el oído o en el alma?

Creonte. ¿A qué viene ponerte a detectar con precisión en qué lugar me duele?

Guardián. Porque el que te hiere el alma es el culpable; yo te hiero en las orejas.

Creonte. ¡Ah, está claro que tú naciste charlatán!

Guardián. Puede, pero lo que es este crimen no lo hice.

Creonte. Y un charlatán que, además, ha vendido su alma por dinero.

Guardián. Ay, si es terrible, que uno tenga sospechas y que sus sospechas sean falsas.

Creonte. ¡Si, sospechas, enfatiza! Si no aparecen los culpables, bastante pregonaréis con -- vuestros gritos el triste resultado de ganancias miserables.

Creonte y su séquito se retiran. En las -- escaleras pueden oír las palabras del guardián.

Guardián. ¡Que encuentren al culpable, tanto mejor! Pero, tanto si lo encuentran como si no -- que en esto decidirá el azar--, no hay peligro, no, de que me veas venir otra vez a tu -- encuentro. Y ahora que me veo salvado contra toda esperanza, contra lo que pensé, me siento obligadísimo para con los dioses.

Coro. Muchas cosas hay portentosas, pero ninguna tan portentosa como el hombre; él, que ayudado por el noto tempestuoso llega hasta el otro extremo de la espumosa mar, atravesándola a pesar de las olas que rugen, descomunales; él, -- que fatiga la sublimísima divina tierra, inconsumible, inagotable, con el ir y venir del arado, año tras año, recorriéndola con sus mulas.

Con sus trampas captura a la tribu de los pájaros incapaces de pensar y al pueblo de los



animales salvajes y a los peces que viven en el mar, en las mallas de sus trenzadas redes, el ingenioso hombre que con su ingenio domina al salvaje animal montaraz; capaz de uncir con un yugo que su cuello por ambos lados sujete al caballo de poblada crin y al toro también infatigable de la sierra.

Y la palabra por sí mismo ha aprendido, y el pensamiento, rápido como el viento, y el carácter que regula la vida en sociedad, y ahuir de la intemperie desapacible bajo los dardos de la nieve y de la lluvia: recursos tiene para todo, y, sin recursos, en nada se aventura hacia el futuro; sólo la muerte no ha conseguido evitar, pero sí se ha agenciado formas de eludir las enfermedades inevitables.

Referente a la sabia inventiva, ha logrado conocimientos técnicos más allá de lo esperable y a veces los encamina hacia el mal, otras veces hacia el bien. Si cumple los usos locales y la justicia por divinos juramentos confirmada, a la cima llega de la ciudadanía; si, atrevido, del crimen hace su compañía, sin ciudad queda: ni se siente en mi mesa ni tenga pensamientos iguales a los míos, quien tal haga. Entra el guardián de antes llevando a Antígona. Corifeo. No sé, dudo si esto sea prodigio obrado por los dioses... (Al advertir la presencia de

Antígona.) Pero, si la reconozco. ¿cómo puedo negar que ésta es la joven Antígona? Ay, misera, hija de mísero padre, Edipo, ¿qué es esto? ¿Te traen acaso porque no obedeciste lo legislado por el rey? ¿Te detuvieron osando una locura? Guardián. Sí, ella, ella es la que lo hizo: la cogimos cuando lo estaba enterrando... Pero, Creonte, ¿dónde está?

Al oír los gritos del guardián, Creonte, recién entrado, vuelve a salir con su séquito.

Corifeo. Aquí: ahora vuelve a salir, en el momento justo, de palacio.

Creonte. ¿Qué sucede? ¿Qué hace tan oportuna mi llegada?

Guardián. Señor, nada hay que pueda un mortal empeñarse en jurar que es imposible: la reflexión desmiente la primera idea. Así, me iba convencido por la tormenta de amenazas a que me sometiste: que no volvería yo a poner aquí mis pies; pero, como la alegría que sobreviene más allá de y contra toda esperanza no se parece, tan grande es, a ningún otro placer, he aquí que he venido - a pesar de haberme comprometido a no venir con juramento - para traerte a esta muchacha que ha sido hallada componien-



do una tumba. Y ahora no vengo porque se haya echado a suertes, no, sino porque este hallazgo feliz me corresponde a mí y no a ningún --- otro. Y ahora, señor, tú mismo, según quieras, la coges y ya puedes investigar y preguntarle; en cuanto a mí, ya puedo liberarme de este peligro; soy libre, exento de injusticia. Creonte. Pero, ésta que me traes, ¿de qué modo y dónde la apresasteis?

Guardián. Estaba enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

Creonte. ¿Te das cuenta? ¿Entiendes cabalmente lo que dices?

Guardián. Sí, que yo la vi, a ella enterrando al muerto que tú habías dicho que quedase insepulto: ¿o es que no es evidente y claro lo que digo?

Creonte. ¿Y cómo fue que la sorprendierais y cogierais en pleno delito?

Guardián. Fue así la cosa: cuando volvimos a la guardia, bajo el peso terrible de tus amenazas, después de barrer todo el polvo que cubría el cadáver, dejando bien al desnudo su cuerpo ya en descomposición, nos sentamos al abrigo del viento, evitando que al soplar desde lo alto de las peñas nos enviara el hedor que despedía. Los unos a los otros con injuriosas

palabras despiertos y atentos nos teníamos, si alguien descuidaba la fatigosa vigilancia. Esto duró bastante tiempo, hasta que se constituyó en mitad del cielo la brillante esfera solar y la calor quemaba; entonces, de pronto, un torbellino suscitó del suelo tempestad de polvo -pena enviada por los dioses- que llenó la llanura, desfigurando las copas de los árboles del llano, y que impregnó toda la extensión del aire; sufrimos aquel mal que los dioses mandaban con los ojos cerrados, y cuando luego, después de largo tiempo, se aclaró, vimos a esta doncella que gemía agudamente como el ave condolida que ve, vacío de sus crías, el nido en que yacían, vacío. Así, ella, al ver el cadáver desvalido, se estaba gimiendo y llorando y maldecía a los autores de aquello. Veloz en las manos lleva árido polvo y de un aguamanil de bronce bien forjado de arriba abajo triple libación vierte, corona para el muerto; nosotros, al verla, presurosos la apresamos, todos juntos, en seguida, sin que ella muestre temor en lo absoluto, y así, pues, aclaramos lo que antes pasó y lo que ahora; ella, allí de pie, nada ha negado; y a mí me alegra a la vez y me da pena, que cosa placentera es, sí, huir uno mismo de males, pero pe-



ncoso es llevar a su mal a gente amiga. Pero -  
todas las demás consideraciones valen para mí  
menos que el verme a salvo.

Creonte. (A Antígona.) Y tú, tú que inclinas al  
suelo tu rostro, ¿confirmas o desmientes haber  
hecho esto?

Antígona. Lo confirmo, sí; yo lo hice, y no lo -  
niego.

Creonte. (Al guardián.) Tú puedes irte a dónde  
quieras, libre ya del peso de mi inculpación.

Sale el guardián.

Pero tú (a Antígona) dime brevemente, sin ex-  
tenderte; ¿sabías que estaba decretado no ha-  
cer esto?

Antígona. Sí, lo sabía: ¿cómo no iba a saberlo?

Todo el mundo lo sabe.

Creonte. Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar --  
por encima de la ley?

Antígona. No era Zeus quien me la había decreta-  
do, ni Dike, compañera de los dioses subterrá-  
neos, perfiló nunca entre los hombres leyes de  
este tipo. Y no creía yo que tus decretos tu-  
vieran tanta fuerza como para permitir que só-  
lo un hombre pueda saltar por encima de las --  
leyes no escritas, inmutables, de los dioses:  
su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de -

siempre, y nadie sabe cuándo fue que aparecie-  
ron. No iba yo a atraerme el castigo de los -  
dioses por temor a lo que pudiera pensar ----  
alguien: ya veía, ya, mi muerte -¿cómo no?-, -  
aunque tú no hubieses decretado nada; y, si --  
muero antes de tiempo, yo digo que es ganan---  
cia: quien, como yo, entre tantos males vive,  
¿no sale acaso ganando con su muerte? Y así, -  
no es, no desgracia, para mí, tener este desti  
no; y en cambio, si el cadáver de un hijo de -  
mi madre estuviera insepulto y yo lo aguanta--  
ra, entonces, eso sí me sería doloroso; lo ---  
otro, en cambio, no me es doloroso: puede que  
a ti te parezca que obré como una loca, pero,  
poco más o menos, es a un loco a quien doy ---  
cuenta de mi locura.

Corifeo. Muestra la joven fiera audacia, hija de  
un padre fiero: no sabe ceder al infortunio.

Creonte. (Al coro.) Sí, pero sepas que los más -  
inflexibles pensamientos son los más prestos -  
a caer: y el hierro que, una vez cocido, el --  
fuego hace fortísimo y muy duro, a menudo ve--  
rás cómo se resquebraja, lleno de hendiduras;  
sé de fogosos caballos que una pequeña brida, -  
ha domado; no cuadra la arrogancia al que es -  
esclavo del vecino; y ella se daba perfecta --  
cuenta de la suya, al transgredir las leyes --